

Antoine Prost

Doce lecciones sobre la historia

Edición y traducción de Anaclet Pons y Justo Serna

FRÓNESIS
CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

El modelo sociológico

Son muchos los que se declaran insatisfechos con las aproximaciones metodológicas que acabamos de describir. Si uno se forma una concepción exigente de la verdad, le resulta difícil remitirse a una comprensión inefable y a una imputación causal que descansa sobre la imaginación. Es común admitir que los historiadores evitan entregarse a la fantasía por la exigencia de argumentar, es decir, que argumentan a partir de hechos contruidos siguiendo las normas de su oficio, su punto de vista, así como su personalidad y que todo ello pesa mucho en su planteamiento. Como hemos repetido, estamos muy lejos de lo que habitualmente llamamos ciencia, incluso de una ciencia entreverada de práctica clínica como la medicina.

Ahora bien, un siglo después, el prestigio de la ciencia en nuestra sociedad es tal que conduce a los historiadores, y con ellos a los sociólogos y a los antropólogos, a robustecer sus métodos y a reclamar procedimientos más rigurosos. Se trata de un esfuerzo de aproximación al modelo de legitimidad que rige en las ciencias exactas, un modelo que, como hemos visto, a pesar de su evolución, continúa siendo una referencia a la vez envidiada e inaccesible.

Los historiadores de finales del siglo XIX habían intentado afirmar el carácter científico de su disciplina con el método crítico y el establecimiento de los hechos. Es todo el debate que hemos abordado más arriba sobre la observación directa del químico o del naturalista y la

observación indirecta del historiador (véase *supra*, cap. 3, *in fine*). Pero eran demasiado historiadores como para disimular la subjetividad en la obra de su oficio. Vimos, por ejemplo, cómo Seignobos subrayaba el papel de la imaginación en historia. Se hallaba muy lejos aún del modelo de las ciencias positivas. Ahora bien, su concepción no sólo era válida para la historia, sino también para el conjunto de las ciencias humanas. Lo afirma con fuerza ante la emergencia, amenazante para la historia, de la sociología.

Su argumentación descansa sobre dos puntos esenciales. En primer lugar, tal como vimos, el de que todas las ciencias sociales operan «no sobre objetos reales, sino sobre las representaciones que se hace de esos objetos». Se trata de imágenes que constituyen la materia práctica de la ciencia social. Que se interese por los hechos pasados no otorga a la historia ningún estatuto particular sobre este punto.

En segundo lugar, Seignobos va más lejos y hace valer, en el estilo de su tiempo, aquello que traduciríamos en el nuestro diciendo que si se quieren comprender los hechos humanos no se puede hacer abstracción de su sentido.

CHARLES SEIGNOBOS:

NO SE PUEDE ESTUDIAR LA DANZA SIN LA MÚSICA

Los actos humanos que constituyen la materia de la Ciencia social no pueden, pues, ser comprendidos sino por mediación de los fenómenos conscientes del cerebro. Así se ha llegado irresistiblemente a la interpretación cerebral (es decir, psicológica) de los hechos sociales. Augusto Comte había confiado evitarla constituyendo la Sociología sobre la observación de los hechos exteriores; pero estos hechos exteriores no son más que los productos de los estados internos. Estudiarlos solos sin conocer los estados psicológicos que los motivan, sería querer comprender los movimientos de un bailarín sin oír la música con que baila.

La Méthode historique, pág. 109 (trad. esp., pág. 97).

Cuestionado en la persona de su padre fundador, A. Comte, los sociólogos impugnaron radicalmente este punto de vista en nombre de la ciencia positiva. Era éste un debate fundamental y fundador que merece la pena reanudarse.

EL MÉTODO SOCIOLÓGICO¹

El rechazo del subjetivismo

Para los sociólogos positivistas, la ciencia social procede como lo hacen todas las demás ciencias. Debían, pues, refutar a Seignobos y de ello se encargó Simiand en un célebre artículo aparecido en 1903:

...la práctica seguida equivale a *imaginar* las acciones, los pensamientos, los motivos de los antepasados, y eso según las acciones, los pensamientos, los motivos de los hombres que él (*el historiador*) conoce, de sus contemporáneos, y es a partir de esta construcción arbitraria, hecha con su imaginación, del empleo acrítico de esta vaga y mal elaborada psicología, de la aplicación inconsciente de reglas analógicas postuladas sin discusión previa, de donde el historiador extrae «la explicación».

Pero aquello que se sustituye no queda completamente destruido. ¿En qué se convierte la historia si se rechaza la imaginación analógica?

La respuesta es categórica: la historia debe darse objetos tales como lo pudiera hacer cualquier ciencia. Debe, pues, repudiar toda erudición vana, que sólo sirve para acumular hechos singulares sobre los que no puede haber ciencia, pues ésta sólo lo es de lo general. Después de P. Lacombe, que lo aprueba, Simiand reanuda la prescripción: «Si el estudio de los hechos humanos quiere constituirse en ciencia positiva, eso debería conducirnos a rechazar los hechos únicos para tomar aquellos que se repiten, es decir, a descartar lo accidental para aproximarnos a lo regular, a eliminar lo individual para estudiar lo social»².

El sentido de este precepto se aclara con las consecuencias que Simiand extrae. No sólo rechaza la interpretación psicológica de las conductas a partir de los motivos, sino que también niega aquello que parece más objetivo en el planteamiento de los historiadores: su manera de poner de relieve el carácter único de un periodo —más exactamente, de una sociedad dada en un momento dado— y de mostrar los vínculos de interdependencia que unifican todos los aspectos de ese pre-

¹ Utilizo este término tomándolo de É. Durkheim, *Les Règles de la méthode sociologique*, prefiriéndolo a otros más contemporáneos y menos generales.

² F. Simiand, «Méthode historique et science sociale», pág. 95.

cisa sociedad en ese preciso momento del tiempo. No se trata de que niegue la existencia de tales vínculos: el *Zusammenhang* es una realidad (véase *supra*, cap. 5). Pero el método tradicional es incapaz de establecerlo. En este punto, su argumentación es lo bastante densa como para que merezca la pena seguirla.

El ejemplo escogido es una cita de H. Hauser que, después, ha sido reproducida a menudo: «Conquista del mundo, llegada al poder de los *homines novi*, modificaciones producidas en la propiedad quirritaria y en la *patria potestas*, formación de una plebe urbana (...), todo eso forma un *complexus* inextricable, todos esos hechos se explican unos a otros mejor que si intentáramos explicar la evolución de la familia romana a partir de la familia judía, china o azteca.» Ahora bien, objeta Simiand, es ésta una afirmación gratuita «mientras H. Hauser no haya establecido que la familia romana ha evolucionado de forma diferente a una familia análoga de tipo originario que se pueda encontrar en otra parte, que esta evolución idiosincrásica ha sido *causada* por los fenómenos sociales de otra índole diferente a la de los ejemplos que nos ofrece, que las contingencias históricas propias de la historia de la sociedad romana desempeñaron un papel causal decisivo y que no fueron simplemente una causa ocasional. Ahora bien, cómo podría hacerlo sin rigor, sin método, sin el valor de una prueba científica (...), sin recurrir al método comparativo»³. En otros términos, es éste el objetivo propio de los historiadores: comprender la originalidad de una sociedad en sus diversos aspectos solidarios implica situar correctamente la originalidad de cada componente, lo que exige ante todo un estudio comparativo.

Este debate es fundamental y a menudo ha sido retomado, aunque desde perspectivas opuestas. Historiadores tan distintos como F. Furet o P. Veyne, que no son en absoluto sociólogos positivistas, lo han defendido también contra la búsqueda de vínculos sincrónicos, del *Zusammenhang*, y por la comparación sistemática de realidades análogas en distintas sociedades, retomando a veces el ejemplo mismo que utilizara Simiand⁴.

³ *Ibid.*, págs. 104-105.

⁴ Cabe subrayar las oscilaciones de los herederos de Simiand sobre este particular. El proyecto de historia total, tan querido por Braudel, señalaba que el *Zusammenhang*, que Simiand decretaba imposible de atender, ya no daba más de sí. Por otra parte, volviendo a una historia en algunos aspectos más próxima a Seignobos que a Simiand, P. Veyne y F. Furet renunciaban al «todo vale», que es para ellos y para Simiand un «cajón de sastre», y preconizaban una historia comparativa centrada en una institución dada.

La propuesta de los sociólogos positivistas rechaza la preocupación historizante por lo concreto: lo concreto es siempre único. Pero sólo hay ciencia de lo general, es decir, de lo abstracto. Es necesario, pues, construir hechos sociales o políticos abstractos, como el absolutismo monárquico, para erigir la historia en una verdadera ciencia.

Simiand no ofrece ningún otro ejemplo de esos hechos sociales abstractos que desearía que la historia estudiara. Si se quiere comprender lo que es la construcción de hechos sociales es necesario dirigirse hacia el trabajo de los sociólogos y, ante todo, hacia el de Durkheim, cuya obra sobre el suicidio vale como demostración.

El ejemplo del suicidio

La audacia del proyecto es evidente: ¿hay algún acto más individual, más psicológico, que el suicidio? Pues bien, Durkheim convierte precisamente el suicidio en hecho social.

Su primer trabajo consiste en definirlo. En efecto, el científico no puede emplear las palabras del lenguaje corriente sin elaboración previa. Aquello que le interesa no es el suicidio como acto individual sino el conjunto de los suicidios, lo cual constituye un hecho *sui generis*. Durkheim muestra, a través de series estadísticas referidas a seis países diferentes, la estabilidad y la constancia del número total de suicidios año a año, además de explicar las excepciones. Los índices referidos a la población total confirman esa constancia, aunque evidencian grandes diferencias estables entre países. De este modo, cada sociedad está predispuesta a proporcionar un contingente determinado de muertes voluntarias. ¿Cómo explicar estas diferencias?

El análisis pasa revista a todos los factores susceptibles de dar cuenta de las divergencias registradas. En primer lugar, los factores extrasociales: contrariamente a lo que se habría podido creer, el suicidio no está ligado a los estados psicopáticos. La prueba nos la proporciona la comparación entre las estadísticas de los alienados y las de los suicidas: ambas poblaciones son muy diferentes, sobre todo en cuanto hace al sexo y a la religión. Por otra parte, uno y otro fenómeno no varían del mismo modo en los diferentes países. El alcoholismo tampoco es una explicación más adecuada, pues el mapa de suicidios por departamentos es muy distinto al del consumo de alcohol.

Así pues, es necesario acudir a factores no sociales ni patológicos, como son los de la raza y la herencia, además del clima, que proporcionan conclusiones interesantes. En efecto, se constata un ritmo esta-

cional de suicidios que culmina en verano y varía según la duración media de los días.

Durkheim se vuelve entonces hacia los factores sociales. Ante todo la religión, cuyo efecto es sensible: los protestantes se suicidan más que los católicos, y estos últimos en mayor número que los judíos. A continuación, la situación familiar: es más frecuente entre los solteros que entre los casados. De este modo, avanza inexorablemente hacia la conclusión de que el suicidio se hace posible por el debilitamiento de los lazos sociales, por la *anomia* social.

Detengo aquí la exposición del ejemplo. Hemos visto el método puesto en práctica, método que Durkheim había presentado, años antes de *El suicidio*, en *Las reglas del método sociológico* (1895).

Las reglas del método

La preocupación central del método, aquello que lo gobierna, es la voluntad de probar. Una ciencia no está constituida por afirmaciones verosímiles, ni siquiera verdaderas, sino verificadas, probadas, irrefutables. No basta con decir cosas inteligentes que abran perspectivas inéditas, sino que es necesario administrar la prueba de lo que se dice. La ciencia no forma parte del ámbito de la opinión, ni siquiera de la verdadera, sino del de la verdad probada. Así pues, si de hechos humanos sociales hablamos, ¿cómo aportar pruebas de nuestras afirmaciones?

Para Durkheim, el método de las ciencias sociales no difiere en principio del de las ciencias naturales, las llamadas experimentales.

ÉMILE DURKHEIM: EL MÉTODO COMPARATIVO

No tenemos más que un medio para demostrar que un fenómeno es la causa de otro fenómeno, y es comparar los casos en que están simultáneamente presentes o ausentes e investigar si las variaciones que presentan en estas diferentes combinaciones de circunstancias testimonian que uno depende del otro. Cuando se pueden producir artificialmente a voluntad del observador, el método es la experimentación propiamente dicha. Cuando, por el contrario, la producción de los hechos no está a nuestra disposición y, por ello, no podemos más que compararlos tal como se han producido espontáneamente, el método que se emplea es el de la experimentación indirecta o método comparativo.

Les Règles de la méthode sociologique, pág. 124
(trad. esp., pág. 133).

Es éste el método propio de la medicina experimental según Claude Bernard. Es necesario buscar si la ausencia de un determinado hecho viene acompañada de la de tal otro o, a la inversa, si la presencia de uno se acompaña con la falta de otro. «Desde el momento en que se ha probado que en cierto número de casos dos fenómenos varían el uno como el otro, podemos estar seguros de que nos encontramos en presencia de una ley» (pág. 132, trad. cast., pág. 139). Así, el suicidio no está vinculado a la enfermedad mental, puesto que varía en sentido inverso al número de alienados. En cambio, está relacionado con la edad, la religión, el estatus matrimonial, el sexo, etcétera. Se trata del mismo método de las variaciones concomitantes utilizado por las ciencias de la naturaleza, con la única diferencia de que no es el resultado de una experimentación en el sentido propio del término: es un *método experimental a posteriori*.

Evidentemente, eso supone que uno busca situaciones sociales diferentes para compararlas y observar si, por lo general, los hechos que se estudian varían o no de forma simultánea. Eso es lo que nos obliga a salir de un único periodo y de un solo país. *El suicidio* abarca el conjunto del siglo XIX y lo hace a través de diversos países europeos. No comprenderemos la familia romana si no salimos de la historia romana y buscamos la comparación con la familia judía o la azteca.

Para que podamos practicar este método comparativo *a posteriori*, es necesario que los hechos sociales sean elaborados con esta intención. El paso decisivo consiste, pues, en construir los hechos sociales en cuanto sociales, es decir, que se presten a la comparación. Es en este sentido en el que Durkheim enunció su célebre regla: «Es necesario tratar los hechos sociales como cosas.» Eso no significa que sean cosas, y seríamos injustos con Durkheim si le reprocháramos ignorar el aspecto moral o psicológico de las cosas, algo que él conocía perfectamente. Lo que ocurre es que eligió descartarlo, porque es la única forma de construir hechos sociales que se presten a la comparación: «Una explicación puramente psicológica de los hechos sociales no puede sino dejar escapar todo lo que ellos tienen de específico, es decir, de social» (pág. 106, trad. esp., pág. 118).

El hecho social debe extraerse de datos, de *data*, como dirían los anglosajones, que se imponen a la observación. Esos datos son externos a los individuos, les vienen impuestos desde fuera, lo cual significa que son colectivos o que se imponen a una colectividad. El porcentaje de suicidios que se registra dentro de una determinada población constituye un hecho social, como la mortalidad por accidentes de carretera o el desempleo: nadie puede hacer nada y son evidentes las di-

ficultades que encuentran nuestros gobernantes para hacer disminuir la una y el otro! Incluso ésta podría ser una definición de las políticas llamadas «voluntaristas», las que combaten precisamente hechos sociales que se les escapan.

Para ser comparables, los hechos sociales deben estar contruidos sobre bases que permitan la comparación: con una tasa de suicidios masculinos en Alemania y otra sobre los femeninos en Austria nada podemos hacer. La comparación sistemática supone una construcción previa, y su valor dependerá de lo que valga esta construcción.

Estamos viendo cómo los sociólogos argumentan para justificar su pretensión de construir una auténtica ciencia social. ¿Puede afrontar la historia ese reto y asumir las mismas obligaciones metodológicas?

EL MÉTODO SOCIOLOGICO APLICADO A LA HISTORIA

De la tipología a las estadísticas

Es obvio que determinadas formas de historia no pueden plegarse a reglas tan rigurosas y que, por eso mismo, se hallan descalificadas. Se trata de historias condenadas. Al final de su artículo, Simiand lanza tres anatemas significativos, de los cuales los dos primeros conciernen al ídolo político y al ídolo individual. La condena es lógica, pues el político pertenece por definición al orden de las intenciones, es decir, al de lo psicológico, y no al de lo social en el sentido durkheimiano. En cuanto al individual, es necesariamente excluido de una ciencia que se pretende social.

La condena del individual incluye la monografía: para que una monografía, como lo es la historia de una localidad o la de una familia, aspire a un estatuto científico sería necesario, desde esta perspectiva, que se pudiera probar su carácter representativo. Ahora bien, esa misma prueba ya supone salir de la monografía para comparar su objeto de estudio con otros de su misma clase. Para ser legítima, la monografía debe integrar una fase comparativa. Es decir, renunciar a ser una monografía.

A la inversa, la historia que se privilegia partirá a la búsqueda de las covariaciones, en niveles más o menos elaborados.

En el plano más humilde, esta historia se limitará a utilizar criterios simples, del tipo presencia/ausencia, que cruzará para definir las tipologías. En ese sentido ha sido ampliamente practicada y por

autores que no osarían reclamar una herencia durkheimiana⁵. Se pueden poner como ejemplo las páginas donde P. Barral pretende comparar, desde una perspectiva sociopolítica, las regiones rurales que él ha construido para ese objeto⁶. Para simplificar podemos decir que él utiliza tres criterios que cruza: la forma dominante de aprovechamiento (arrendatario o aparcerero/propietario), el tamaño de las explotaciones y la religión. De este modo, distingue democracias rurales (de derecha o de izquierda, según el factor religioso), tierras de dependencia, aceptada o rechazada, y zonas de agricultura capitalista.

En un nivel de mayor sofisticación, la historia busca comparaciones más sistemáticas, ya sean en el tiempo o en el espacio. Como ejemplo de variaciones espaciales se podría tomar el libro pionero de André Siegfried, aparecido en 1913: *Tableau politique de la France de l'Ouest*. Por primera vez, un análisis se tomaba la molestia de cartografiar cuidadosamente las diferentes variables sociales y compararlas con la orientación política. Más tarde, la comparación de estos documentos cartográficos se ha convertido en un método habitual del oficio, aunque se haga, a menudo, de forma muy aproximada. Deberíamos calcular sistemáticamente las correlaciones que se dan entre los datos que traducen las cartografías: si lo hiciéramos, entonces nos daríamos cuenta de que, a menudo, las diferencias tienen mayor peso que las semejanzas sobre las que se concentra el comentario⁷.

Como ejemplo de variaciones temporales, el mejor es ciertamente el estudio de la crisis económica del Antiguo Régimen, tal como lo ha llevado a cabo J. Meuvret⁸. Él trata aquí de traducir la evolución de los hechos sociales a través de curvas que puedan ser comparadas entre ellas. La del precio del trigo se dispara tras las malas cosechas, para vol-

⁵ J.-Cl. Passeron argumenta de forma convincente el carácter tipológico del método durkheimiano. Retomaremos este debate al final del presente capítulo.

⁶ Pierre Barral, *Les Agrariens français de Méline à Pisani*, París, Presses de la FNSP, 1968. Esta tipología ha sido retomada y revisada por Maurice Agulhon en el tomo III de la *Histoire de la France rurale* (bajo la dirección de Georges Duby y Armand Wallon, París, Seuil, 1976).

⁷ Cuando se calcula la correlación entre los valores que traducen dos series de planos, es frecuente llegar a resultados no significativos. Por eso, las correlaciones llamadas ecológicas (entre datos espaciales) son más sensibles a la unidad de análisis adoptada. Entre la práctica religiosa y el voto de derechas, la correlación es muy distinta si se la calcula en el nivel de la comunidad, de la provincia o de la región.

⁸ *Supra*, nota 3, cap. 6.

ver a caer tras la *soudure*⁹, a finales del siguiente verano, si la nueva cosecha ha sido buena, de lo contrario se encamina hacia nuevas cimas. La de la mortalidad acompaña en sus fluctuaciones a la del trigo. En cuanto a la de la natalidad, varía en sentido inverso, con un desfase de alrededor de un año: el hambre no favorece la concepción. La interrelación de estas tres variables no agota la descripción de la crisis económica del Antiguo Régimen, pero responde fielmente a las prescripciones de los sociólogos.

Si nos exigimos una mayor elaboración, entonces no nos contentaremos con comparaciones sistemáticas entre fenómenos previamente cuantificados (el precio del trigo, la mortalidad, la natalidad), sino que pretenderemos medir la covariación para saber si es bastante o muy pronunciada. El propio Durkheim escribía en una época en la que los *tests* estadísticos que permitían medir la covariación o la correlación aún no existían¹⁰. *El suicidio* pone frente a frente numerosas series estadísticas sobre las que habrían sido posibles los cálculos de correlación sin ninguna elaboración suplementaria; por lo demás, éstos proporcionan a veces resultados muy elevados.

Entramos aquí en el ámbito de la estadística, algo que da miedo a muchos historiadores, hasta el punto de que nuestra disciplina ha padecido en este punto un retraso dramático. En las tesis de Estado en historia encontramos dos errores por los que cualquier estudiante de psicología o de sociología sería suspendido en el DEUG. El B-A BA es deliberadamente ignorado, por coquetería y pereza más que por incapacidad, ya que la estadística que necesitan los historiadores es bastante rudimentaria: es una simple cuestión de sensatez. Pero parece que, para algunos, resulta de buen tono jugar a ser príncipes de la inteligencia que desprecian con soberbia, como contingencias subalternas o mezquindades viles y mecánicas, las exigencias del rigor y las dificultades de la cuantificación, algo por otra parte evidente... Esto es lo que conduce a que haya quien quede satisfecho con enunciados perezosos y devastadores, o que haya quien proclame, sin verificación alguna,

⁹ En francés, *faire la soudure* significa garantizar el suministro de víveres entre dos cosechas, dos entregas, etcétera; por extensión hacer la transición entre dos periodos, dos personas, etcétera. (N. de los T.)

¹⁰ *Le Suicide* data de 1897. La correlación lineal (Bravais-Pearson) fue inventada por Pearson a principios de siglo para demostrar la ausencia de relación entre el alcoholismo de los padres y el nivel mental de los niños, dado el carácter hereditario de la deficiencia mental. Véase Michel Armatte, «Invention et intervention statistiques. Une conférence exemplaire de Karl Pearson», *Politix*, núm. 25, 1994, págs. 21-45, y André Desrosières, *La Politique des grands nombres*.

que un fenómeno «expresa» o «traduce» (¿cómo?) otro¹¹. Esto terminará por saberse y por pagarse muy caro.

Para hacer comprender la necesidad de recurrir a un mínimo de elaboración estadística para la administración de la prueba, pondré dos ejemplos. Veamos en primer lugar las proclamaciones oficiales de los candidatos a las elecciones legislativas de 1881¹². Se toman dos muestras de igual tamaño de textos, conservadores los unos y socialistas o radicales los otros, y nos preguntamos cuáles son los términos característicos de uno y otro discurso. *República* o *progreso* son obviamente mucho más frecuentes en la izquierda que en la derecha. Pero hay otros, como *derecho*, *libertad*, etcétera, cuya ubicación es menos nítida: cuando un término es utilizado tres veces por la derecha y diez por la izquierda, ¿es una casualidad? Una diferencia de cuatro a diez es más concluyente, pero ¿lo es realmente? Después de todo, bastaría que un candidato sufriera algún «tic» en el habla para que obtuviéramos ese resultado. Diez contra cinco sería ciertamente más decisivo... Pero ¿dónde poner el límite?

Tomemos —como segundo ejemplo— los municipios que se pueden clasificar políticamente a partir de los votos conseguidos en las elecciones de 1919, justamente cuando erigen los monumentos a los caídos en la guerra. Por supuesto, su emplazamiento depende de las circunstancias locales, de los lugares disponibles. Así pues, encontramos, tanto en los municipios de derechas como de izquierdas, monumentos en el centro de las escuelas, en el cementerio, en las plazas públicas, etcétera. Con todo, tenemos la impresión de que la elección de la plaza pública es más republicana, más de izquierdas que las otras, sobre todo que la del cementerio. En efecto, en principio, sólo los monumentos erigidos en los cementerios podían incorporar elementos religiosos; los municipios que deseaban poner una cruz sobre su monu-

¹¹ La carencia estadística se presenta bajo dos formas. O bien el historiador evita pura y simplemente cualquier elaboración estadística, aunque fuera posible, o bien la emprende sin aceptar sus exigencias. He visto a un investigador, hoy ya desaparecido tras una brillante carrera, retomar en la versión impresa de su tesis una fórmula errónea del coeficiente de correlación y persistir en conceder un valor fuerte a un coeficiente de correlación, aunque ambas faltas le habían sido indicadas en la defensa de la tesis por el economista H. Guitton. Se observa, pues, la deservoltura estadística a que ha conducido la moda cuantitativa, en el caso de los investigadores que la tomaban como tal, y no como un dispositivo de administración de la prueba.

¹² Antoine Prost, en colaboración con Louis Girard y Rémi Gossez, *Vocabulaire des proclamations électorales de 1881, 1885 et 1889*, París, PUF-Publications de la Sorbonne, 1974.

mentos podían, pues, privilegiar esta última ubicación, y es conocido el fuerte vínculo que existía en aquella época entre la fuerza del catolicismo y la orientación de la derecha. Pero no podemos establecer una regla simple del tipo: todos los municipios de izquierda sitúan su monumento en una plaza pública y todos los de la derecha hacen lo propio en el cementerio. De hecho, encontramos ambas localizaciones, tanto en unos como en otros. Es una cuestión de proporciones. ¿La diferencia es suficiente por sí misma como para que podamos hablar, no obstante, de cierta inclinación, de tendencia, de preferencia? ¿O es simplemente el azar de las circunstancias?¹³

Intuitivamente, advertimos en estos ejemplos que hay ciertas diferencias cuantificadas que son lo bastante fuertes como para permitirnos extraer conclusiones, mientras que otras no lo son. Nos damos cuenta asimismo de que el azar tiene mayor peso en las pequeñas muestras que en las grandes¹⁴: cuando tenemos unos pocos más niños que niñas sobre un conjunto de 750.000 nacimientos, se trata de un resultado muy seguro; mientras que sería de estúpidos declarar muy diferentes dos clases de colegios en el que uno tuviera el 52 por ciento de muchachos y el otro el 48 por ciento... Pero los mismos porcentajes ¿autorizarían una conclusión para dos colegios de 2.000 alumnos cada uno, siendo uno un antiguo colegio de chicos y el otro de chicas?

Si el historiador quiere realmente probar algo, debe plantearse estas cuestiones. Tanto más cuanto que son simples y fáciles de resolver, ya que basta con un poco de reflexión. Los cálculos estadísticos son a un tiempo pesados y fastidiosos, y es razonable reservarlos para aquellos puntos realmente críticos. Las calculadoras y los ordenadores han modificado totalmente el paisaje, y el recurso a los *tests* estadísticos debería convertirse en una rutina para el historiador, como ya lo es para psicólogos y sociólogos.

Su principio es simple. Se fija en primer lugar un nivel de exigencia en relación al papel único de la casualidad. El azar, en efecto, produce diferencias. Si se es muy exigente, se decidirá que, por ejemplo, para ser admitida como prueba, una diferencia estadística no deberá tener una oportunidad entre cien de ser debida al azar. O bien podemos decir que es «significativa» sólo en un 0,01 o en un 1 por ciento. Pero se

pueden aceptar otros límites máximos: del 5 o del 10 por ciento. Ir más allá y extraer argumentos de la diferencia resultaría aventurado. Así se obtiene, por referencia a la hipótesis nula, un indicador graduado del valor probatorio de la diferencia constatada, habida cuenta, por un lado, de la amplitud de esta diferencia y, por otro, del tamaño de la población de objetos o personas en las que está constatada. Se sabe cuáles son las diferencias que no prueban nada, así como cuáles tienen un valor probatorio y en qué proporción. A condición, no obstante, de no caer en un exceso de rigor y tener en cuenta el hecho de que las variables en juego son tan numerosas que los resultados no pueden ser perfectos¹⁵.

La construcción de los indicadores

La historia cuantitativa ha suscitado, en el segundo tercio del siglo, una fuerte adhesión entre los historiadores franceses, sobre todo entre aquellos que entonces formaban la sexta sección de la *École Pratique des Hautes Études*. Uno de sus más eminentes representantes, quien por lo demás parecía tener el viento a favor, finalizaba un artículo en *Le Monde*, tras alguna vacilación, escribiendo lo siguiente: «No hay más historia científica que la cuantitativa»¹⁶.

Los humores de hoy en día son diferentes, y a la mayoría de los historiadores les repugna entrar en ese planteamiento científico. Pero, como su fuerza es evidente y como no se atreven a reconocer algún bloqueo psicológico o su pereza, justifican su rechazo a través de la crí-

¹⁵ François Furet y Jacques Ozouf, en *Lire et Écrire, l'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry* (París, Minuit, 1977, t. I), constatan bajo el título de «Le veredict de l'ordinateur», una correlación extremadamente fuerte (0,927 en 1866; 0,866 en 1896) entre la alfabetización de los reclutas y los indicadores de escolarización. Añaden, lo cual es exacto, que tal correlación da cuenta del 80 por ciento del fenómeno (el cuadrado del coeficiente de correlación) y que el 20 por ciento restante no ha sido alfabetizado «al menos a través de la escuela» (pág. 306). Eso es ser muy tajante, teniendo en cuenta todas las variables no tomadas en consideración en un análisis de este tipo (la escolarización en orfanatos), la correlación obtenida es excepcionalmente elevada, y son contados los investigadores que han tenido ocasión de constatarlo así. Un resultado tan significativo permite concluir la existencia de un vínculo muy fuerte entre ambos fenómenos.

¹⁶ E. Le Roy Ladurie, artículo del 25 de enero de 1969, *Le Territoire de l'historien*, I, pág. 22. Para que nos hagamos una idea de lo que en cierta época era la «moda» cuantitativa de los historiadores franceses, se puede consultar como documento histórico las actas del célebre, y por otro lado interesante, coloquio realizado en la ENS de Saint-Cloud en 1965, *L'Histoire sociale, sources et méthodes*.

¹³ Este ejemplo lo he discutido más ampliamente, para el caso del Loire-Atlantique, en mi artículo «Mémoires locales et mémoires nationales: les monuments de 1914-1918 en France», París, *Guerres mondiales et Conflits contemporains*, julio de 1992, págs. 14-50.

¹⁴ ¡De ahí el absurdo de ofrecer porcentajes calculados con dos o incluso un decimal, y todo para referirse a algunas decenas...!

tica de la cuantificación. Y ello no sin mala fe, pues, como observó Popper, esos métodos «están siendo usados gran éxito (...) en algunas de las ciencias sociales. ¿Cómo, visto esto, se puede negar que sean aplicables?»¹⁷ Hay quien objeta solamente que no todo es cuantificable, aunque no necesitaríamos presionarlos demasiado para que añadieran que sólo lo es aquello que tiene poco sentido o es de poca importancia.

El argumento carece de pertinencia y más aún de imaginación. Desde el momento en que el historiador se da por objeto un hecho social en el sentido durkheimiano, es decir, un hecho de orden colectivo, se refiere a una población que se puede contabilizar de forma más o menos precisa: no estamos en el ámbito de lo único, de lo inefable. Del mismo modo que para los pueblos amenazados por el hambre la primera calidad de la comida es su cantidad, para el historiador del hecho social, las cantidades asociadas a ese hecho son una de sus cualidades. Podemos optar por no estudiar los hechos sociales, descartando los aspectos sociales de los hechos individuales, pero entonces resultaría difícil pretender ser historiador. Estudiar el pensamiento de Proudhon o de Maurras sin interesarse por su recepción no es hacer una historia distinta de la que resultaría de estudiar las aliteraciones en la obra de Mallarmé. Todo estudio histórico comporta una parte social, es decir, colectiva y, por tanto, enumerada o enumerable.

La oposición cualitativo/cuantitativo, tras la que muchos se esconden, no tiene en realidad otro sentido que el de la desigual dificultad para construir indicadores sobre los que poder razonar de forma comparativa. Lo cuantitativo es un dominio donde los indicadores son evidentes, inherentes hasta cierto punto a los propios hechos: si nos interesamos por los precios del trigo, la construcción del indicador no plantea ningún problema. Incluso a veces es una trampa: hay precios y precios, y no se logra el mismo resultado tomando los precios a la salida de la explotación agraria que a su llegada al molino, los de las importaciones o los del mercado interior.

Lo cualitativo es un dominio donde la construcción de indicadores pertinentes requiere cierto ingenio. Es ahí donde se revela la imaginación creativa del investigador. ¿Hay tema más cualitativo que la religión? Gabriel Le Bras no ha pretendido sondear la fe individual de los creyentes, ni entrar en su intimidad y descubrir la verdad de sus relaciones con Dios. La ha tratado como un hecho social, a partir de la

práctica que constituye la manifestación colectiva de la religión. Ha construido, pues, indicadores a partir de las prácticas que exige la iglesia católica: asistencia a la misa dominical, comunión pascual. Tales indicadores, como se puede observar, son discontinuos, es decir, fundan una tipología. G. Le Bras distingue entre los católicos practicantes, quienes acuden a misa todos los domingos, los católicos estacionales, los que cumplen con el precepto pascual y van a misa con ocasión de las fiestas señaladas, como Navidad, Todos los Santos..., y, en fin, los no practicantes.

Una vez construidos estos indicadores, la cuantificación depende de las fuentes. Si disponemos de buenas estadísticas religiosas, como las de la diócesis de Orleans bajo el episcopado de monseñor Dupanloup¹⁸, podemos evaluar en porcentajes relativos la proporción por municipios de practicantes, estacionales y no practicantes. Si no contamos con una verdadera estadística, sino con testimonios incompletos, podemos contentarnos con definir el tipo localmente dominante. Lo que permite la administración de la prueba no es ante todo la cuantificación, es la construcción de los indicadores pertinentes, de forma que la validez de la prueba depende de la que tengan esos indicadores.

En definitiva, es lo mismo construir un hecho social y construir indicadores que permitan operar comparativamente entre diversos hechos sociales. Son los indicadores los que constituyen la definición operativa del hecho social.

LOS LÍMITES DEL MÉTODO SOCIOLOGICO

Los límites epistemológicos

Es aquí precisamente en donde cabe situar el límite epistemológico del hecho social.

Lejos de mí la idea de devaluar la cuantificación en historia o, más en general, el modo de razonamiento durkheimiano. Considero que una y otro son indispensables, pero no constituyen una panacea. A mi entender existen dos límites.

El primero es de orden epistemológico. Durante mucho tiempo creí que el historiador era un «manitas» que ensamblaba relatos hechos

¹⁷ K. Popper, *Misère de l'historicisme*, pág. 23 (trad. esp., pág. 38).

¹⁸ Estudiado por Christiane Marcilhacy, *Le Diocèse d'Orléans sous l'épiscopat de M^{gr}. Dupanloup, 1849-1878*, París, Plon, 1963.

al modo de Tucídides con piezas duras de «verdadera» ciencia social durkheimiana¹⁹; y no sabía qué estatuto epistemológico conferir a este *patchwork* de diferentes trozos tanto por su materia como por su textura. En realidad, sobrestimaba el planteamiento durkheimiano y lo tomaba por más científico de lo que es. Se puede reformular este debate en términos modernos, partiendo de la definición del enunciado «científico» como «refutable» (falsable, dice Popper)²⁰. En apariencia, las afirmaciones de la sociología, y sobre todo aquellas que se apoyan en cuantificaciones y cálculos estadísticos, son «refutables» y podrían reivindicar a este respecto un estatuto «científico». En realidad, no es el caso; seguramente son más robustas que otras, pero no pueden pretender un estatuto de leyes universales. En efecto, como ha mostrado J.-Cl. Passeron, es imposible extraer totalmente de cualquier contexto histórico las realidades que le conciernen²¹. Desde ese punto de vista, también la afirmación sociológica es siempre histórica, pues se refiere a realidades indisociables de contextos determinados y, por tanto, sólo es válida dentro del espacio y el tiempo de esos contextos. Para convenirse, basta con ver «con qué facilidad un investigador (...) puede siempre oponer a una constatación empírica que lo contradice que tal constatación no estaba hecha en el contexto que suponía la validez de su proposición»²². Y la cláusula «todas las cosas funcionan igual en todas partes» puede devenir una «coartada ilimitada» tanto en las comparaciones sociológicas como en las históricas. El recurso a un planteamiento durkheimiano no permite, pues, que el historiador escape a la historia de la diversidad de las situaciones concretas, las cuales por otro lado son su objeto.

Más aún, el razonamiento estadístico sólo constituye el horizonte, el modelo al que aspira la sociología. Por lo general, el método comparativo preconizado se limita al método de las variaciones concomitantes o, incluso en su versión más débil, al método de las diferencias. No salimos, pues, del universo del razonamiento natural. La sociología propone una versión más pertrechada, más rigurosa, puede incluso

¹⁹ Véase mi debate con J.-Cl. Passeron, «L'enseignement, lieu de rencontre entre historiens et sociologues», *Sociétés Contemporaines*, núm. 1, marzo de 1990, págs. 7-45.

²⁰ En este caso conviene consultar la obra de K. Popper, *La lógica de la investigación científica*, en vez de *La miseria del historicismo*, que es un panfleto contra las «grandes» teorías y ante todo contra el marxismo.

²¹ Se me dispensará que no retome aquí la demostración de J.-Cl. Passeron, en *Le Raisonnement sociologique*, sobre todo en su conclusión.

²² *Ibid.*, pág. 64.

que más intimidatoria, del razonamiento natural. La diferencia con el historiador es de grado, no de naturaleza.

De golpe, dentro del discurso histórico, el vaivén entre las secuencias explicativas o comprensivas y las secuencias comparativas, o incluso cuantificadas, no es el matrimonio entre la carpa y el conejo, la mixtura inconfesable de métodos heterogéneos, sino la utilización completa de una gama argumentativa que se despliega en su totalidad en un universo donde los conceptos son indisociables de sus contextos.

Eso supone decir a la vez que el planteamiento sociológico es tipológico: constituye tipos, que compara, entre los cuales establece relaciones de presencia concomitante o de incompatibilidad, o entre los que calcula distancia o correlaciones. Pero estas relaciones no tienen valor universal: su alcance se limita a los tipos considerados.

Los dominios privilegiados

En segundo lugar, el razonamiento sociológico no es utilizable en la historia de los acontecimientos propiamente dichos. Es verdad que en ocasiones puede confirmar o invalidar la imputación causal: si se sostiene que la miseria es la causa de las huelgas, se pueden cuantificar, por un lado, los niveles salariales y de desocupación y, por otro, la frecuencia de las huelgas, con el fin de examinar si son correlativos. Pero en este caso se trata de una causa material. Ahora bien, las causas finales escapan enteramente a la cuantificación, pues la estadística jamás nos dirá si la decisión de Bismarck fue o no la responsable de la guerra de 1866.

De todo ello se desprende muy claramente que existen dos modos de razonamiento histórico. Para simplificar, diremos que el primero se interesa por los encadenamientos en el desarrollo temporal, mientras el segundo lo hace por las coherencias en el seno de una sociedad y un tiempo dados. El primero se ocupa de los acontecimientos y se organiza según el eje del relato; el segundo se dedica a las estructuras y depende del cuadro estadístico. Naturalmente, uno y otro se entrecruzan, pues todo problema histórico concreto es deudor a la vez del relato causal y del cuadro estructural.

Ciertas formas de historia privilegian el relato. El análisis de los encadenamientos constituye su dimensión fundamental, como vemos en la enseñanza. La historia política, aquella que es propia de las guerras o las revoluciones, de lo que para nuestros contemporáneos siguen siendo los «grandes» acontecimientos, se organiza principalmente se-

gún una serie de imputaciones causales. Esto nos devuelve al capítulo precedente.

La gran aportación del planteamiento sociológico, del que la cuantificación es uno de los elementos y, a la vez, el símbolo, es la de hacer posible que pensemos con rigor las coherencias que permiten soldar una sociedad, sus estructuras, el *Zusammenhang* paradójicamente tan criticado por Simiand en Hauser (véase *supra* el apartado «El método sociológico» en este mismo capítulo). Algunas de las más eminentes obras históricas del siglo xx, comenzando por *El Mediterráneo*, se organizan en torno a estas solidaridades, a estas coherencias. «Explicar —dirá Braudel— es señalar, imaginar las correlaciones que existen entre el hábito de la vida material y las otras fluctuaciones a su vez tan diversas de la vida de los hombres»²³. La devaluación del acontecimiento y el desinterés por la cuestión de las causas se acompañan aquí con una valoración del tiempo largo de las estructuras geográficas, económicas y técnicas. El razonamiento sociológico ocupa su lugar, incluso aunque Braudel muestre cierta desconfianza hacia los sistemas de demasiado deterministas.

Se podría ir incluso más lejos y sostener que, en este preciso sentido, no hay historia que no sea total. La pretensión de escribir una historia total, que lo fuera de toda la humanidad, desde los orígenes a nuestros días, y bajo sus diversos aspectos, es evidentemente absurda. Ya hemos mostrado más arriba (cap. 4) cómo la inevitable y necesaria renovación de las preguntas invalida toda concepción acumulativa del saber histórico. Pero, en otro sentido, cualquier historia es total, pues ambiciona mostrar cómo los elementos que trata forman un entero. Seguramente no podremos conocer la totalidad de una época o de una sociedad. Pero lo que caracteriza al historiador es la voluntad de restituir la totalidad, es decir, las estructuras organizadas allí donde la mirada superficial sólo vería revoltijo o yuxtaposición²⁴.

Es obvio, pues, que algunos ámbitos se prestan más fácilmente que otros a este tipo de historia.

La demografía histórica es evidentemente un ámbito privilegiado para una historia preocupada por la administración de la prueba. Los demógrafos han elaborado múltiples tasas (mortalidad, natalidad, fecundidad, reproducción) y su ingenio no tiene límites. Ya hemos mostrado más arriba, en relación con el problema de la «sobremorta-

lidad» civil durante la Primera Guerra Mundial, un ejemplo de su destreza.

La historia económica es un segundo dominio que se presta espontáneamente al empleo de los métodos cuantitativos. Los economistas reconstituyen series continuas que les permiten comparaciones seguras. Pensemos, por ejemplo, en la gran investigación dirigida por J. Bouvier sobre el beneficio en las industrias del norte de Francia²⁵ o en las series de F. Crouzet sobre la industria francesa del siglo xix²⁶.

La historia de los grupos sociales se presta asimismo al método comparativo. El análisis de su riqueza es evidentemente un elemento indispensable de esa historia, y los investigadores se han aplicado en este campo con un gran talento. Las investigaciones sobre las fortunas de París o de las grandes ciudades de provincias, como Lyon, Lille o Toulouse²⁷, han explotado de forma sistemática, para distintas fechas que jalonan un largo siglo xix, las declaraciones de sucesión. Esto les ha permitido establecer comparaciones entre grupos sociales y entre ciudades. La superioridad de las fortunas parisinas es abrumadora. Otro ejemplo nos lo proporciona la tesis de Gabriel Désert sobre los campesinos de Calvados en el siglo xix²⁸, que parte de la evolución de los precios de los productos agrícolas (trigo, leche, queso, etcétera), de los arrendamientos rústicos y de los impuestos, y que tiene en cuenta las transformaciones de las prácticas culturales. En este caso, cabe destacar la forma en que ha reconstituido la evolución secular de las rentas de distintos tipos de agricultores, desde el propietario que explota 35 hectáreas de tierra dedicada al cereal en Caen al pequeño campesino propietario que practica un policultivo sobre cinco hectáreas, pasando por los ganaderos y distinguiendo según los modos de aprovechamiento.

Se puede estudiar así, con la ayuda de indicadores más o menos cuantificados, la movilidad de los distintos grupos sociales, sus modos

²⁵ J. Bouvier, F. Furet, M. Gillet, *Le Mouvement du profit en France au XIX^e siècle*, Paris-La Haya, Mouton, 1965.

²⁶ François Crouzet, «Essai de construction d'un indice annuel de la production industrielle française au XIX^e siècle», *Annales ESC*, enero-febrero de 1970, págs. 56-99.

²⁷ Adeline Daumard, *Les Fortunes françaises au XIX^e siècle*, Paris-La Haya, Mouton, 1973; Pierre Léon, *Géographie de la fortune et Structures sociales à Lyon au XIX^e siècle (1815-1914)*, Lyon, Université de Lyon-II, 1974.

²⁸ Gabriel Désert, *Les Paysans du Calvados, 1815-1895*, Lille, servicio de reproducción de tesis, 3 vols., 1975.

²³ Citado por Paul-André Rosental, «Métaphore et stratégie épistémologique».

²⁴ K. Popper, *Misère de l'historicisme*, pág. 81.

de vida, sus comportamientos. Christophe Charle, en su tesis sobre las elites francesas de fines del siglo XIX, ha comparado la elite administrativa (consejeros de Estado, etcétera), la elite de los negocios (banqueros, etcétera) y la elite universitaria (profesores) bajo distintos criterios y sin limitarse a la renta. De este modo, ha tenido en cuenta el domicilio (¿en qué calles viven?, ¿pertenecen a los barrios más distinguidos?) y su lugar habitual de vacaciones²⁹.

A menudo, la historia política ha utilizado para las sociedades democráticas el voto libre de los ciudadanos tomado como indicador. Los análisis de geografía electoral, fundados por A. Siegfried y desarrollados por F. Goguel, forman parte de los elementos básicos de toda historia política, pues permiten seguir la implantación de los partidos a la vez que articulan las esferas social, local y nacional. Pero hay también otros asuntos políticos que se prestan a este modo de razonamiento. Se pueden estudiar, por ejemplo, las manifestaciones, los desfiles, los mítines. Así, en la tesis de Jean-Louis Robert se tratan los informes redactados por los inspectores de policía sobre 18.000 reuniones sindicales, socialistas o pacifistas, a lo largo de la Primera Guerra Mundial³⁰.

La historia de las mentalidades se presta en menor medida, o al menos así lo parece, a esta aproximación «científica». Se trata de un dominio donde impera el matiz y la finura, que no se deja aprehender con las herramientas, robustas pero toscas, de la cuantificación. Al menos eso es lo que se alega cuando se renuncia a buscar indicadores pertinentes. Pero, si uno se toma la molestia de buscarlos, como ha hecho G. Le Bras, se los encuentra. Así, por ejemplo, el análisis sistemático del vocabulario ofrece innumerables posibilidades³¹. Igualmente fértil resulta si se aplica a las prácticas simbólicas, tal como he ejemplificado en relación con los monumentos funerarios. En ese mismo sentido, Daniel Roche o Michel Vovelle han mostrado todo el partido que se le puede extraer al estudio de las bibliotecas o los testamentos³². Del mismo modo que hay una histo-

ria social de la política, existe también una historia social de las mentalidades y de las representaciones.

Esta historia, que podríamos denominar sociológica en la medida en que asume las normas de la sociología durkheimiana y aplica métodos análogos, resulta particularmente eficaz en la larga y la media duración. Tuvo sus días de gloria y hubo un tiempo en el que la escuela de los *Annales* no estaba más que por las grandes investigaciones cuantitativas y promovía la historia serial, un modelo que se apoyaba sobre largas series de cifras, como las que estableciera P. Chaunu en su tesis sobre el tráfico de metales preciosos entre América y España en el siglo XVI³³. Era la época en la que E. Le Roy Ladurie, que trabajaba en una investigación sobre los reclutas franceses del siglo XIX, concluía un texto proclamando de forma categórica: «El historiador del mañana será programador o no será»³⁴.

Y luego se nos fue a Montaillou... Por uno de esos virajes que tienen más de moda que de ciencia, más de signo de los tiempos y de demanda de los medios de comunicación que de desarrollo coherente de una disciplina científica, la historia cuantitativa quedó relegada en algún armario.

Con todo, tenía un gran mérito, tal como acabamos de exponer detenidamente y que, por eso mismo, no podemos resumir en dos frases. Es una historia que administra la prueba de sus afirmaciones, que permite manejar estructuras y compararlas entre ellas. Pero, por sí solo, el método cuantitativo y comparativo no basta para dar cuenta del modelo que ha dominado de forma duradera la historiografía en Francia, el de la historia social. Su equilibrio es más complejo y merece ser examinado en sí mismo.

²⁹ C. Charle, *Les Élités de la République, 1880-1900*, Paris Fayard, 1987.

³⁰ Jean-Louis Robert, *Les Ouvriers, la Patrie et la Révolution, Paris 1914-1919*, Besançon, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, núm. 592, 1995.

³¹ Me permito remitir aquí a mi contribución a la obra dirigida por René Rémond, *Pour une histoire politique*, Paris, Seuil, «Les mots», 1988, págs. 255-285.

³² Daniel Roche, *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIII^e siècle*, Paris, Aubier-Montaigne; Michel Vovelle, *Piété baroque et Déchristianization en Provence au XVIII^e siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments*, Paris, Plon, 1973.

³³ Pierre Chaunu, *Seville et l'Atlantique entre 1504 et 1650*, Paris, SEVPEN, 1959-1960, 8 vol.

³⁴ E. Le Roy Ladurie, «L'historien et l'ordinateur», *Le Nouvel Observateur*, 8 de mayo de 1968, reproducido en *Le Territoire de l'historien*, t. I, pág. 14.